

menos como su Roy Díaz. Y si pasamos al siglo siguiente, al maravilloso siglo XIII, el de los grandes santos, todo él resplandece de poesía mariana. Dos son los principales monumentos españoles. Un rey y un clérigo, Alfonso *el Sabio* y Gonzalo de Berceo, cantan sin cesar a Santa María en cantigas gallegas y mesuradas estrofas de cuaderna vía, anchas como Castilla misma o la fértil Rioja. ¡Qué prodigiosa fe la de estos dos españoles! ¡Qué ingenuidad, no se sabe si aún más candorosa en el monarca que en el monje! Que las «Cantigas» sean un monumento incomparable de poesía lírica, de música y de pintura, ya va siendo verdad bien sabida. Pero no sé si se ha hecho un estudio de la devoción del rey Sabio y de su peculiar manera de contar milagros o de entonar loores. Para el hijo de San Fernando —el santo que llevaba siempre a la Gloriosa en su altarcillo portátil a todas sus campañas—, Santa María es «vella et minynna, madr' e donzela, pobre et reynna, don' e anzela». Y en su encantadora parla gallega va glosando cada una de estas parejas de antítesis, aduciendo para probarlo profecías y símbolos e ingiriendo advocaciones de letanías latinas.

Pues ¿qué diremos de Gonzalo de Berceo? Su colección de «miraclos», narrados con precisa parsimonia, nos presenta a la Gloriosa acorriendo a malos monjes, ladrones, criminales y toda suerte de pecadores con inagotable misericordia. Por eso,

son los santos miraclos que faz la Gloriosa.
ca son mucho más dulces que azúcar sabrosa
la que dan al enfermo en la cuita rabiosa.

Y corona su prelude matinal con un rosario de piropos a la «benedicta Virgen», la «estrella clamada, estrella de los mares, guiona deseada». Todavía nos canta Berceo otro aspecto de María, el duelo de la Virgen, en las más patéticas y tiernas estrofas que brotaron

de su pluma. Y es Ella misma la que habla dialogando con su Hijo entre acentos desgarradores:

Fijo, siempre ovimos io e tú una vida,
io a ti quissi mucho, e fui de ti querida:
io siempre te creí, e fui de ti creída,
la tu piedad larga ahora me oblida.

Toda la Semana Santa española está ya aquí, con sus imágenes policromadas y vestidas, con su sangriento y lacrimoso realismo directísimo, familiar.

Los dos más altos poetas del siglo XIV, un Arcipreste y un Canciller, son asimismo cantores de la Virgen. Pocas veces suena a más sentido, contrito, el verso de Juan Ruiz que cuando canta a Santa María. Con indecible gracia rítmica que permite diversas soluciones recitadoras y tipográficas, entona su «Cántica»:

Quiero seguir — a ti, flor de las flores,
siempre decir — cantar de tus loores;
non me partir — de te servir,
mejor de las mejores.

No menos expresivo es el «Ditado» a Santa María del Vado. Con él se inicia la larga serie de cantos a las diversas advocaciones de Nuestra Señora, a todas las Vírgenes y Patronas de las Españas de España. Se inicia aquí precisamente, en este lugar honrado, cerca de aquesta sierra, el muy santo y devoto santuario de Santa María del Vado. Y vemos al bueno de Juan Ruiz, que nunca perdió la fe entre los peligros del loco amor, cómo va a «tener i (allí) vigilia» y a ofrecerle su humilde ditado:

Homíllome, reina Madre del Salvador,
Virg n santa e dina, oye a mí, pecador.

También en su poema don Pero López de Ayala nos ofrece oraciones a sus Vírgenes predilectas para que le libren del cautiverio. Son la Virgen de Montserrat, una de las más